

LA GUERRA DE LAS 34 MALVINAS

VERSION ARGENTINA

Aquellos que pelearon hasta el último tiro

Duelos de artillería

LAMINA DOBLE
Cañón argentino 155 mm.

LA GUERRA DE LAS 34 MALVINAS

VERSION ARGENTINA Nº 12

Aquellos que pelearon hasta el último tiro

Duelos de artillería

LAMINA DOBLE
Cañón argentino 155 mm.

A 2,5

LA GUERRA DE LAS MALVINAS

VERSION ARGENTINA



Fascículo 34	Contenido	
Los duelos de la artillería	Localizando las bocas de fuego del enemigo	529
"Al valor en combate"		531
LAMINA DOBLE:		534
Cañón 155 mm		536-537
Esos soldados desconocidos		539
Lo que sólo se aprende bien en una guerra		541
"Cuando volví, era un hombre distinto"		543

La obra completa se publica en dos volúmenes que totalizan 44 fascículos de aparición semanal. Cada fascículo consta de 16 páginas interiores impresas a todo color, con sus correspondientes cubiertas. Con el fascículo que completa cada uno de los volúmenes se ponen a la venta las tapas para su encuadernación.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del fascículo en el transcurso de la obra si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© Ediciones Fernández Reguera (Argentina)

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización de los editores.

LA GUERRA DE LAS MALVINAS

Fotocomposición: Photo Lettering S.A., Combate de los Pozos 465/467 y Fotocomposición Everest, Moreno 1287 1° piso, Capital Federal.

Impreso en los Talleres Gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S.A., Esteban De Luca 2241, Buenos Aires, en

Enero de 1987

Distribución en Capital Federal: J. Vidal e H., Carlos Pellegrini 739, 1° piso, oficina 4, tel. 393-5719 y 392-8020.

Distribución en el interior: SADYE, Avenida Belgrano 355, 9° piso, tel. 30-1536.

Papel Editomat 100 grs., Fábrica Witcel, Distribuidor Copagra S.A.

Para números atrasados dirigirse a los distribuidores o a EDICIONES FERNANDEZ REGUERA, Avda. Ramos Mejía 1680 (CP 1104), 1° Piso, Of. 20 y 22. Sector "E" Buenos Aires. República Argentina. Tel. 313-0397 TLX 9900 PBTH AR

Editor: José Juan Fernández Reguera

Jefe de Redacción: Chacho Rodríguez Muñoz

Redacción: Luis Garasino, Jorge Castro, Luis María Maíz, Roque Escobar, Justo Piernes, Danilo Manzini, Emilio Urruty y Sandra Pien.

Diagramación: Justo Antonio Sanz

Arte: Carlos Roume
Carlos A. García y Ramiro Bujeiro

Cartografía: Alejandro Malofiej Edit. Clío

Fotografía: Marcel Ives Martin
Carlos Vidal

Créditos de las fotografías del Volumen II

Marcel Ives Martin; Luis Rosendo/ Armada Nacional; Fuerza Aérea Argentina; La Nueva Provincia; Ejército Argentino; Ch. Rodríguez Muñoz; Avions Marcel Dassault; Dirección General de Fabricaciones Militares; Comando General de Infantería de Marina; Gendarmería Nacional; Prefectura Naval Argentina; Comando de Aviación Naval; FMC Corporation; Arsenal de Puerto Belgrano; Colegio Militar de la Nación; GADA 601; GA 3; Escuela de Infantería; Compañía de Comandos 602; Anibal Poggi; H.R. Flores / R.I. 25; Pellicari/López; Antonio Falcón; Eduardo Farré

Los duelos de artillería

Dominando con su estruendo el campo de batalla, el fuego de la artillería fue una constante en la guerra de las Malvinas. El enemigo la empleó en forma masiva: tanto el tiro naval como el de las piezas de campaña abrieron el camino de los británicos. Del lado argentino y pese a la inferioridad del número de piezas y del alcance de las mismas, se los mantuvo a raya mientras fue posible. Uno de los jefes de unidad, el entonces teniente coronel Martín Antonio Balza —quien comandó el Grupo de Artillería 3, regimiento oriundo de Paso de los Libres, Corrientes— es quien relata los hechos que siguen.



La historia de la llegada a Malvinas del Grupo de Artillería 3 es quizá similar a la de muchas otras unidades. Lo importante es que estábamos allí para combatir, más allá de las limitaciones de medios, con todo el fervor y la aptitud necesarios. Disponíamos del elemento propio de la artillería de campaña, nuestras piezas de 105 milímetros. En igual disposición de elementos que la otra mitad de artillería que actuó (el 4 de Artillería Aerotransportado) y en oposición a un enemigo que disponía de tres grupos y un mayor poder de fuego, sumado a lo cual debe computarse el alcance superior de sus piezas. Pero esto irá surgiendo de mi relato. Lo que quiero destacar, desde el principio, es el orgullo que me cabe, como jefe de un Grupo—equivalente a un regimiento—es la conciencia de que como profesionales, los cuadros estábamos aplicando los conocimientos para los cuales la Nación nos capacitó, mientras que es un gran motivo de orgullo y satisfacción haber conducido soldados conscriptos que sobresalieron por su voluntad y heroísmo. A ellos les cabe, entendemos sus jefes, el mérito que pueda haber en lo hecho. Nada más ni nada menos que el cumplimiento de nuestro deber más sagrado: combatir en defensa de la Patria.

Los ingleses desembarcaron en las islas tres grupos de artillería, lo que pasa es que el número de piezas con que contaban oscilaba entre 54 y 60, porque cada grupo de artillería tiene tres baterías de tiro y cada una de esas baterías tiene seis piezas. La cuenta de 54 piezas, pero después constatamos que algunas las tenían armadas con ocho piezas, por lo que pueden haber llegado a 60.

Los duelos de artillería fueron intensos, intensos y muy prolongados. Tratábamos de neutralizarlos, es decir, de que sus bocas de fuego estén inactivas, lo que dependía únicamente de la cantidad de fuego que les hacíamos llegar.

Nuestra preparación y nuestro estado anímico, que fuimos poniendo a prueba en los días previos a las acciones más importantes, fueron fundamentales y significativos. Esa preparación anímica por supuesto que la tenían todos los cuadros, pero la habíamos logrado de forma particular con nuestros soldados. Y para ello no descuidábamos ningún detalle, por pequeño que pareciera. La correspondencia era un punto clave para ello; tratábamos, exigíamos y fiscalizábamos que durante todo el tiempo, y cuando el accionar del enemigo nos lo permitía, la gente tuviera contacto directo con sus familiares, generalmente por carta y, cuando se podía, por medio del teléfono. Nos agrupábamos por zona de residencia de los familiares y arreglábamos que tal soldado hablara en nombre de ese grupo de compañeros. Eso era tremendamente importante para los soldados.

Recibimos cientos de cartas del pueblo argentino, de personas de todas las edades. Si bien se contestaron muchísimas, no se lo pudo hacer con todas. Pero aquellas cartas al soldado anónimo, a todos y cada uno de los soldados eran leídas en conjunto, porque había soldados—que tenían sus familias en lugares muy alejados de zonas pobladas, por ejemplo— que no recibían cartas de ellos. De esa manera, y esto me consta, ninguno de ellos se sintió solo.

Una de las cosas que tratamos de atender fue el tratar de festejar los cumpleaños. Fueron prácticamente tres meses los que estuvimos allí y hubo muchos cumpleaños. Esperábamos que se juntaran cinco o seis cumpleaños y entonces los festejábamos. Teníamos

unos frascos de dulce, ese era el regalo, y enseguida dejaron de ser sorpresa, pero fue muy importante hacerlo.

Es de destacar el valor de los capellanes militares. Nosotros teníamos un capellán que no era orgánico de la unidad, sino que lo conocimos en Malvinas, el padre Picchinali. Los oficios religiosos no podían realizarse los días domingo, se hacían cuando se podía, cuando el enemigo lo permitía. Es así que hemos oído misa en los lugares más insólitos, aún en la misma posición de fuego. A veces habíamos previsto misa para un determinado día, pero el enemigo no nos dejaba, y el padre nos reunía, a lo mejor junto a un cañón, y rezábamos el tiempo que podíamos.

Estando allí hemos recibido noticias gratas e ingratas. Allí me enteré de que había sido padre por cuarta vez. Mi nueva hija había nacido a fines de abril y recién la conocía cuando tenía tres meses. Estando en medio de la ejecución de uno de los fuegos me llegó un parte donde se me informaba que la señora de uno de mis jefes de batería, el teniente 1º Caballero, había tenido familia pero que su hijo había nacido muerto. Me reuní con él después del fuego y se lo comuniqué. El después pudo hablar con su esposa y tras eso continuó hasta el último momento con el cumplimiento de su misión. También está el caso del dragoneante González, correntino, quien recibió allí la noticia de la muerte de su padre.

La cuenta regresiva

Los ataques comenzaron a incrementar su intensidad a partir de los primeros días de junio. De los ingleses recibíamos fuego de artillería, de morteros y de sus aviones. Inicialmente habíamos participado en acciones de apoyo a nuestras tropas comando, las que, en repetidas oportunidades, incursionaron en la profundidad del dispositivo enemigo. Ese apoyo de nuestra artillería fue hecho—afortunadamente—en forma muy coordinada, ya que era sumamente riesgoso para los comandos. Ellos mismos pedían, para poder entrar más aún en las filas enemigas, que realizáramos el fuego muy cerca de ellos. Esto, indudablemente, nos ponía más nerviosos a nosotros que a los mismos comandos, que además estaban en contacto con los servicios especiales británicos.

El fuego contra baterías inglesas y contra sus tropas lo comenzó a hacer una de mis baterías que estaba sensiblemente orientada hacia el oeste. Como respuesta fue recibiendo, de manera cada vez más intensa, un graneado fuego enemigo que la obligó a realizar diferentes cambios de posición hacia retaguardia.

A partir de ese momento comenzó también una dramática cuenta regresiva para nosotros; éramos conscientes de que cada disparo que hacíamos no era repuesto. Teníamos todavía una cantidad considerable de municiones, pero disminuía. Una de mis subunidades, que fue la que tomó contacto primeramente con el enemigo, en uno de esos cambios de posición, ya estaba aproximadamente a cuatro kilómetros al oeste del ex cuartel de los Royal Marines, es decir Moody Brook, a unos 9 kilómetros de Puerto Argentino.

El almirante Otero comentó después que había observado que un intenso fuego inglés prácticamente había aplastado el accionar de esa subunidad y, temiendo lo peor, pidió con urgencia dos ambulancias para mandarlas allí. Sin embargo, su sorpresa fue grande



Teniente Alberto Rolando Ramos/GA 3. Muerto en combate en Malvinas. Se desempeñaba como observador adelantado de artillería en el Monte Longdon, cuando su posición fue atacada por los ingleses.

cuando, al disiparse la polvareda y el humo de los disparos británicos, ve como hormiguitas que salían, ocupaban sus puestos, contestaba el fuego y volvían rápidamente a sus pozos. Nuevamente la respuesta inglesa y nuevamente a salir apurados los argentinos, a contestar el fuego, y a sus pozos. Esto se sucedió por espacio de casi 30 minutos. Cuando me lo comunicaron concurrí al lugar y acababa de cesar el fuego inglés, ya que mediante el uso de helicópteros habían desplazado esa batería a otra posición. Dios había estado de nuevo con nosotros. Casi no hubo bajas, pero fue un milagro, porque cajas de repuestos que estaban a un metro del refugio del personal habían sido destruidas por los impactos. Esta acción mereció una felicitación por parte del jefe de la agrupación Ejército Puerto Argentino y del almirante Otero. Mucho mérito tuvo allí el teniente 1º Tessey. Mientras continuaban las acciones de las baterías, se había implementado un equipo de trabajo y se orientaba hacia un determinado lugar tratando de localizar algún buque inglés. En la

Localizando las bocas de fuego del enemigo

Testimonio

Luis Antonio Caballero, teniente 1º. Jefe de la batería A del GA 3 que participó en la defensa de Puerto Argentino. Es casado, una hija. Cuando fue a Las Malvinas tenía 29 años.

Su testimonio presenta varios matices. Quizá el más espectacular, fueron sus misiones de observación a bordo de un helicóptero.

—“Era en la mañana del 11 de junio, tres días antes del final, cuando ascendí al helicóptero A-109 Agusta pilotado por Martín Rubio. Era una misión peligrosa. Los disparos ingleses zumbaban. Sólo podíamos permanecer en el aire unos 20 segundos. Luego bajábamos y nos quedábamos al ras del suelo moviéndonos lentamente buscando una nueva posición para subir por sorpresa. Pero la situación se agravó. Los ingleses seguían batiendo con su artillería todo el frente argentino. El 13—24 horas antes de la rendición— volví a subir al helicóptero de Rubio. Ahí vino lo bueno. Ahora sólo podíamos volar a la altura de observación de 8 a 10 segundos. El piloto hacía toda clase de maniobras para evitar el fuego enemigo. Era una coctelera. Yo iba suelto para poder tener más facilidades de observación. Me golpeaba contra todo. La visión era mala por las condiciones del tiempo, agravada por las evoluciones bruscas de la máquina. A las baterías enemigas había que localizarlas, si era posible por la estela de humo de sus disparos. Hicimos varias subidas. Mientras tanto nos quedábamos quietos detrás de algún accidente del terreno a muy pocos metros del

piso. En una de las bajadas ya estaba todo listo para posarnos en un terreno apto. El piloto había dispuesto bajar el tren de aterrizaje. Observé por la ventanilla que un suboficial en tierra me hacía señas. Primero pensé que estaba saludando, en un momento en que no había lugar para gentilezas. Lo volví a mirar. Las señas eran desesperadas. Me di cuenta que trataba de alertarnos de que íbamos a posar en un campo minado. Hice un brusco movimiento para avisarle al piloto del peligro inminente. Justo ahí se me cortó el comunicador que llevaba en el casco. En mi desesperación—y como él no escuchaba mis gritos— le pegué un fuerte zamarreo, haciéndole señas. Rubio se percató de inmediato y paró la maniobra de aterrizaje. Faltarían unos 5 metros del suelo. Fue la medida que nos separó de la muerte. El helicóptero y los que íbamos en él hubiéramos volado en pedazos.

En esas misiones se lograron localizar algunas bocas de fuego inglesas con bastante precisión. Una de las baterías, al menos, fue silenciada por la réplica de la artillería argentina.

Se jugaban los últimos cartuchos. Relata Caballero que volvió a hacerse cargo de su batería que era cañoneada incesantemente por el enemigo.

—“En medio de ese infierno de explosiones, silbidos de proyectiles y esquirlas, el teniente Acosta me informó que había bajas en nuestras tropas. En la noche del 13 los ingleses lanzaron lo que sería su última gran ofensiva. Fue un intercambio



Tte. 1º Luis A. Caballero/GA 3

de artillería feroz. Esperábamos que cesara la tanda de fuego de ellos y comenzábamos nosotros. Era tal el agotamiento, que ya no nos cubríamos en los pozos. Nos desplomábamos en el lugar donde estábamos. Yo esperaba que un proyectil me cayera encima en cualquier momento. Así llegamos al fin de la última batalla.”

El teniente 1º Caballero fue tomado prisionero al producirse la rendición de Puerto Argentino.

—“Ahí tuve tiempo de pensar. Llegué a algunas conclusiones. El que dice que no sufrió el miedo miente, o no se dio cuenta. La primera vez que estuve bajo el fuego enemigo tuve miedo. Miré la cara del grupo de unos 40 hombres que estaban a mis ordenes y me di cuenta que ellos también lo sentían. Me dije para mí: “Toda esta gente está esperando algo de mí, quiere ver mi reacción. Tengo que disimular el

noche del 11 de junio nuestro radar, trabajando en conjunto con personal de la Marina, localizada en forma efectiva un buque. Se dispara el Exocet y así es puesta fuera de combate esa noche la fragata “Glamorgan”.

Hubo una integración total entre nuestras Fuerzas Armadas, lo que se materializó particularmente en los últimos días de combate. El día 11 de junio se produce el ataque inglés a la posición del monte Dos Hermanas, el monte Harriet y el monte Longdon. El enemigo tenía una gran capacidad de ataque nocturno. Nuestras tropas, el Regimiento de Infantería 4 y una fracción del Regimiento de Infantería 7, resisten. Son rodeados por el enemigo que concentra un gran poder de fuego. Se produce la caída de esas posiciones.

Cambios de posición

En el monte Longdon yo pierdo un observador adelantado, el teniente Ramos. En el último enlace radio-

miedo. O me quedaba al frente de la batería o me iba. No había respuestas intermedias. El jefe es la solución de todos los problemas de sus subordinados. Me quedé en el alma, el rostro de todos mirándome y esperando la orden de meterse en los refugios cada vez que se escuchaba el estruendo de una andanada enemiga. Entre el tiro y la llegada del proyectil transcurren unos 23 ó 24 segundos. Lo sabíamos todos pero era yo quien debía dar la orden de guarecerse del fuego. En esos 23 ó 24 segundos pensaba que si no impartía la orden todos se quedarían de pie. Es una especie de milagro de comunión nacida en el automatismo. Por eso no hay tiempo de pensar en uno. Todas esas vidas que tenían un sólo rostro que me miraba, dependían de mí.”

Le pedimos a Caballero que nos transfiera una experiencia dramática vivida por él y revelada por quienes fueron sus compañeros en Malvinas.

—“Mi jefe, me llamó. Me anunció que el hijo que yo esperaba había nacido muerto. Pensé en mi querida mujer. Me di vuelta y volví a la batería. Estaba destrozado por la noticia, que había llegado al comando por la radio. A cada paso para alcanzar mi posición me decía a mí mismo. Fuerza, mi drama, mi enorme desazón, mi tristeza indescriptible, no la podía contagiar a los que me rodeaban. En plena guerra todos estaban viviendo una situación límite, que no permite agregar ajenos. Por suerte Dios me volvió a dar otro hijo cuando retorné de las Malvinas.”

léctrico que realizó conmigo me dijo que el monte estaba totalmente rodeado y que iba a tratar de localizar y pedir fuego propio. Era de noche y prácticamente era muy difícil individualizar al enemigo. Simultáneamente, mientras rodean monte Longdon, los ingleses tratan de neutralizar la posición nuestra. Nos sobrevolaban helicópteros a poca distancia y eran los que indudablemente reglaban el fuego de los barcos. Finalmente nuestras posiciones caen. En su último enlace el teniente Ramos me dice que está completamente rodeado y que no puede dirigir el tiro, que va a intentar replegarse.

Poco después su auxiliar, que sí logró replegarse, me dijo que el teniente, herido en una rodilla, había muerto combatiendo, con una ametralladora que había logrado tomar.

Ese día fue realmente penoso para mí. Además del teniente Ramos, en el monte Harriet yo tenía como enlaces a otros tres hombres y los tres desaparecieron. Posteriormente, en el campo de prisioneros, me encuentro con uno de ellos, que yo daba por desaparecido, y después de abrazarnos, él nota que temo preguntarle por la suerte de sus dos compañeros, él me dice:

—¿Y el mayor Nani?

—El mayor Nani fue herido al día siguiente, el 12.

Aquella noche, la noche del 11, nos disparaba simultáneamente la artillería naval y la artillería de campaña. Se hizo un intenso fuego de iluminación, tanto que el teniente Ramos, durante su último enlace, antes de morir, me decía:

—Esto es un infierno. Hay granadas de iluminación nuestras y de los ingleses. Se escuchaban gritos desaforados por todos lados.

En ese sector del monte Longdon estaba operando una compañía de gurkas.

La batería, que estaba muy cerca de allí, prácticamente llegó a quedar en primera línea y entonces iniciamos un cambio de posición que nos llevó casi todo el día 12; se reintegra al grupo que estaba al sur de Puerto Argentino. Ese cambio de posición fue muy difícil porque se hizo bajo un continuo fuego enemigo y pieza por pieza, ya que de los tres vehículos que teníamos, el enemigo nos había destruido dos. Finalmente quedó tirado la última pieza y posteriormente también pudimos replegar.

Mientras realizábamos esto, los grupos de artillería 4 y 3 trataban de favorecer nuestro repliegue haciendo fuego contra la artillería inglesa.

Desde el sector en que nos habíamos instalado vimos claramente helicópteros que se aproximaban a nosotros transportando piezas de artillería. Abrimos fuego contra ellos y logramos derribar a uno, obligando esto al enemigo a desplazar la otra pieza a otro lugar.

Todo era sumamente riesgoso. Y en esos momentos las decisiones deben tomarse velozmente, pero deben tomarse. Lo hacíamos todos. Las misiones seguían.

Con las primeras luces del día 13 ya el enemigo ha dominado las colinas próximas a Puerto Argentino y centraliza todo su accionar sobre un sector defendido por el BIM 5 y por el Regimiento de Infantería 7. Ese combate dura todo el día 13 y la noche del 13 al 14. Fue el combate más intenso.

El grupo de artillería aerotransportado 4, que estaba más hacia el oeste que yo, llegó prácticamente a tomar contacto visual con el enemigo. Combatieron hasta que no tuvieron más munición y las piezas quedaron prácticamente enterradas, inoperables. Nosotros en nuestro

Un helicóptero Puma del Batallón 601 de Aviación de Ejército se apresta a cargar un Oto Melara de 105 milímetros para trasladarlo en vuelo. El soldado especializado engancha la eslinga que sostiene la carga. Lamentablemente, ya en los momentos cruciales de la batalla, la virtual carencia de helicópteros en el lado argentino privó a la artillería de tan eficaz apoyo.





Testimonio

"Al valor en combate"

Cuando el sargento José González Fernández era padre de 3 hijos y su mujer estaba embarazada de un cuarto y tenía 27 años de edad, fue enviado a las Malvinas con el GA 3 de Paso de los Libres, donde nació este correntino.

Ahora tiene 5 hijos y, después de la guerra, debió tomar un trabajo de vigilancia nocturna en un establecimiento comercial porque su salario de sargento no le alcanzaba para mantener a todos.

Fue condecorado "al valor en combate". Cumplió funciones de singular importancia en la batería C, que estaba a mando de los tenientes primeros Navone y Tessey, como "computador principal de tiro".

González Fernández fue, junto al teniente 1º Navone, último en abandonar el campo de batalla cuando la batería se replegó a Puerto Argentino.

"Eran momentos límites. Los ingleses dominaban las alturas en el monte Longdon. Nosotros abajo en la ardua tarea de cambiar a la batería de posición. Sabíamos que estábamos desprotegidos. En la lucha se pierde el miedo a la muerte. Si llega, mala suerte. Si no llega, mejor. En el momento del fuego se produjo un hábito o costumbre. Es un fenómeno que no puede explicar y eso que en los últimos días el fuego inglés sobre nuestra batería era feroz. Nos hacían de goma".

El sargento González Fernández cuenta con naturalidad de cómo su batería, al quedarse sin el observador de avanzada, tiraba "a ciegas" sobre la cabeza de la infantería argentina para barrer el frente de ataque inglés. "Este barrido evitó, al menos por un día, que la avanzada británica llegara a Puerto Argentino".

"El GA 3 tuvo un comporta-



Sgto. J. González Fernández/GA 3

miento ejemplar. Una total cohesión entre la oficialidad y la tropa. Hay una explicación. Llegamos a las Malvinas con un gran adiestramiento. No hubo soldados nuevos. La tropa era la del año anterior con más de 12 meses de ejercicios. Todos sabían lo que debían hacer. La logística funcionó muy bien. A nosotros no nos faltó nada, desde alimentos hasta proyectiles. Cuando se produjo la rendición todos llorábamos de bronca; pero en medio de ese cuadro dramático yo me sentí orgulloso de lo que había hecho porque los jefes de otras unidades felicitaban al nuestro, diciéndole que gracias al apoyo de la artillería se habían salvado muchas vidas. Perdimos porque los ingleses tenían más elementos. Daba envidia verlos cuando cambiaban de posición las baterías. Cada cañón era alzado por un helicóptero donde iba la tropa que lo servía y los proyectiles. Nosotros teníamos muy pocos camiones y a veces debíamos desenterrarlos del barro a mano en medio del frío y de una nevisca que llegaba hasta el alma".

sector contábamos con un piso algo más firme.

Ese día 13 yo cumplía 48 años. Entre las 13 y las 14 horas soportamos el fuego más intenso de la artillería inglesa. Duró más de media hora y se centralizó ligeramente hacia donde tenía mi puesto de comando y la batería de tiro A. Dos proyectiles explotaron sobre nuestro puesto, que era un contenedor forrado con tambores de 200 litros llenos de tierra. El estampido fue tremendo, y pareció que habían explotado dentro del contenedor.

Cuando se inició ese ataque estábamos afuera del contenedor, con el mayor Milané y el mayor Bellocio y algunos soldados. Logramos refugiarnos pero un cabo 1º quedó tendido en el suelo. Cuando fuimos a auxiliarlo vimos que estaba muerto. Era el cabo 1º Quispe, y lo había matado la onda expansiva. Al día siguiente, ya finalizado el combate, despedimos al cabo 1º en el cementerio de Puerto Argentino.

Momentos después de que cayeran las bombas sobre nuestro contenedor, habla conmigo el comandante de la agrupación Ejército, quien por supuesto veía que estábamos sometidos a un intenso bombardeo inglés. Me pregunta cómo andan las cosas.

—Hasta ahora bien— le dije—, pero debe reconocer que estos ingleses no me están festejando muy bien mi cumpleaños.

—¡Feliz cumpleaños! y mucha suerte, —fue su respuesta.

Como estábamos en circuito cerrado con las demás unidades, a continuación todos los jefes me hicieron llegar su saludo. Fui particularmente feliz, porque a excepción de la muerte del cabo 1º Quispe, casi no tuvimos bajas. Cuando disminuyó la intensidad del ataque de los ingleses fui hasta la batería A, que estaba a 200 metros y me parecía imposible que con el fuego que había recibido casi no hubiera bajas. Sólo heridos leves. La más importante fue una herida en la cabeza que tenía el sargento 1º Quinteros.

Nuevamente comenzó el ataque inglés y allí ocurrió, dentro del dramatismo de esos momentos, algo gracioso. Estábamos cuerpo a tierra y muy cerca mío estaba el capitán Cordero, de mi estado mayor, quien muy seriamente me dice:

—Mire, posiblemente éste sea el último momento— el "ruido" de los ingleses no podía hacer pensar otra cosa— y quisiera expresarle que cuando distribuyeron los puestos —él no era un hombre mío sino que estaba agregado a raíz del conflicto— yo me imaginaba que usted era un hombre de mando duro. Pero ahora, que hemos compartido todos estos días en los que me he integrado totalmente, y como probablemente no nos veamos más, quiero decirle que lo aprecio mucho.

Bueno, a pesar de todo, las circunstancias quisieron que nos siguiéramos viendo. Ese último día los ingleses habían emplazado buques de su flota al norte, al este y al oeste.

En una de las brevísimas pausas que hacían los ingleses en sus ataques, nos sobrevuela un avión Sea Harrier, a unos 100 metros de altura. No dispara sobre nosotros, sino que lo hace sobre una batería compuesta por los dos cañones de 155 mm que yo tenía ubicada a unos dos kilómetros de allí, y que operaban en forma diferente a los restantes cañones de 10 mm. El Sea Harrier le descargó todos los cohetes que tenía y todo el mundo gritó que le habían dado a los 155. Trato de comunicarme con el teniente 1º que tenía esa pieza y era imposible, no podía comunicarme. Se habían cor-



tado todas las líneas o habían muerto todos. Finalmente el teniente 1º logra comunicarse en forma radioeléctrica y me dice:

—Tengo un suboficial y cinco soldados heridos, pero todos leves. Continúo con mi misión. Era el Tte. 1º Dafunchio.

Es indudable que para que el enemigo arriesgue en un vuelo rasante un Sea Harrier era porque estos cañones estaban causándole serios problemas. Cuando finalizó el conflicto bélico, el general Moore manifestó que en varias oportunidades se le había pegado a su comando con estos cañones y preguntó con qué radares habíamos detectado su comando. Le respondimos entonces que no teníamos radares capaces de localizar un puesto de comando, que simplemente se había hecho en base a apreciaciones de inteligencia, de acuerdo a los datos de observadores de primera línea y de los observadores aéreos.

La noche del 13 al 14 de junio se tiró prácticamente sin interrupción. Ahí que se tiró hasta que los cañones y los obuses no resistieron más. Se disparó en apoyo del combate final del BIM 5 y del Regimiento de Infantería 7, y de una fracción de un escuadrón de Caballería Blindada 10, que esa noche, al mando del capitán Soloaga, realizó un contraataque.

A tiro limpio

Se disparó sin solución de continuidad. Con la desesperación propia de quien siente que debe continuar apoyando, que no hay reposición y que la munición se agota. Que llegan muchas misiones de fuego y que no pueden ser cumplidas en su totalidad porque en esos momentos sólo nos quedaban dos baterías disponibles.

En uno de los tantos ataques aéreos que recibimos, no recuerdo cuál día, yo estaba cerca de una de mis

baterías, cuando se escucha la señal de alerta roja. Bajo del jeep y voy en dirección a la batería. En el vehículo había dejado mi casco. Todavía me emociono cuando recuerdo lo que pasó. Uno de mis soldados, un correntino, me ve pasar y me pega el grito:

—¡Alerta roja, mi teniente coronel!— Tome mi casco.

Ya se lo había sacado y corrimos juntos hasta el refugio. En esas últimas noches no era nada fuera de lo común pasar por una batería y ver a oficiales cargando munición mientras los soldados atendían la pieza. Las últimas municiones eran transportadas sin distinción de jerarquías. Una de esas noches, con temperatura bajo cero, dos soldados que transportaban munición se habían sacado las prendas superiores. Serían las 4 ó 5 de la mañana, y había comenzado a nevar. Se lo observé y uno de ellos me contestó por los dos:

—No importa, mi teniente coronel. Así estamos más cómodos para cargar el cañón. Aquí no hay tiempo de enfriarse.

En un contraataque que había realizado el mayor Jaimet, a cargo de una compañía del Regimiento de Infantería 6, bajo una presión de fuego constante del enemigo, tomo contacto radial con él y le pregunto —no recuerdo ahora cuál era su indicativo radial:

—¿Cómo andan las cosas? —pregunté.

—Esto es un quilombo, mi teniente coronel, pero les estamos dando duro —respondió, y realmente la situación que estaban viviendo en esos momentos era sumamente difícil.

Con el capitán de fragata Robacio tuvimos un contacto radial en la noche del 13 al 14.

Con su regimiento, el BIM 5, gastamos finalmente toda la munición que nos quedaba. Esa noche mi indicativo era Martín, y sus palabras fueron las siguientes:

—¡Dale Martín, dale! ¡Dale que los estás haciendo mierda! ¡Dale! ¡Misma alza, misma alza!

Foto arriba: artillero junto al cerrojo del cañón argentino de 155 milímetros, una pieza que probó su eficacia en Malvinas.

Foto de la página 534: posición de fuego de una batería de 105 milímetros del GA 3 durante los combates finales por Puerto Argentino.

(Continúa en página 539)

El cañón "Argentino" calibre 155 milímetros L33 CITER FMK 1 Mod 0 de 1977 remolcado, producido por la Fábrica Militar Río Tercero, recibió su bautismo de fuego y cumplió desollante actuación durante el conflicto sostenido con Gran Bretaña por la recuperación de las Islas Malvinas, en mayo y junio de 1982.

Concebido y desarrollado por el Instituto de Investigaciones Científicas y Técnicas de las Fuerzas Armadas de la Argentina (CITEFA), constituye una de las piezas de artillería media de campaña más avanzadas en su género y sus características y performance de combate en nada ceden las de las mejores que se fabrican en el mundo.

Tomando como base el soporte pivotante y la boca de fuego del cañón autopropulsado francés F 3, los técnicos militares argentinos idearon una cureña remolcada biflecha de tracción sobre dos ruedas, que está provista, además, de un gato de tiro.

El alcance máximo del 155 argentino es de 20 kilómetros con munición convencional de 43 kilos, aunque los cronistas militares británicos del conflicto del Atlántico Sur le atribuyeron un máximo de 29 kilómetros de tiro efectivo.

Dadas las características tan peculiares del suelo malvinense (en su mayor parte turba altamente saturada de humedad y de consistencia esponjosa) y de la carencia casi total de rutas que permitieran su desplazamiento, los 155 fueron emplazados en su mayor parte en los alrededores de Puerto Argentino.

Estas piezas tuvieron destacada actuación, especialmente, en los combates por los accesos a los montes Tumbledown y William que se iniciaron el 12 de junio, en los que los destacamentos atacantes de gurkhas, comandos y tropas especiales de los británicos fueron en repetidas oportunidades "clavados" en el terreno en el momento mismo de iniciar los avances, o tuvieron que regresar a sus posiciones de partida después de sufrir fuertes pérdidas ante la precisión del fuego argentino.

El día 10 de junio ya habían tenido los ingleses una muestra de esa precisión de fuego, cuando desde el dispositivo de defensa de Puerto Argentino se detectó un avance enemigo sobre la ruta del Monte Wall, contra las posiciones del Regimiento de Infantería 4.

Ante la fuerza del ataque enemigo se envió a la Compañía de Comandos 602 y una sección de Comandos de la Gendarmería Nacional con la misión de detener el avance. Estos ejecutaron un movimiento para envolver la vanguardia británica, pero la intensidad del fuego, en un determinado momento, puso en peligro el éxito de la maniobra.

En la emergencia, el mayor Aldo Rico, comandante de la 602, solicitó al Grupo de Artillería 3 un "barraje" de contención frente a sus líneas de vanguardia. La precisión de los 155 y los 105 argentinos detuvo el avance británico, circunstancia que aprovecharon los comandos argentinos para pasar al contraataque, maniobra que fue eficazmente apoyada por los 155, que fueron alargando sus disparos a medida que el enemigo retrocedía.

Las baterías que defendían Puerto Argentino combatieron con "mortífera eficiencia" hasta el final según los propios comandantes británicos, aún a pesar de la pérdida de las alturas que rodeaban a la capital malvinense, que las privó de sus puestos de observación.

Ficha Técnica

Características: Cañón mediano de artillería de campaña, compuesto por una masa oscilante de retroceso variable según el ángulo de elevación, montado sobre un afuste biflecha, remolcado sobre dos ruedas y provisto de un gato de tiro.

La masa oscilante comprende la boca de fuego (tubo y culata) con su freno de boca.

La cuna, que soporta el vínculo elástico integrado por el freno de tiro y el recuperador, y la boca de fuego.

Los equilibradores.

En acción, la pieza se apoya sobre la placabase del gato de tiro y, en la parte posterior, sobre las conteras de ambas flechas abiertas y sus respectivos pies, que actúan como anclaje por medio de uñas o cuchillas. Puede ser emplazada sin hundimiento aún en suelos arcillosos secos.

Calibre: 155 milímetros

Alcance máximo: 20 kilómetros

Longitud del tubo: m 9,40

Longitud total de la pieza: m 10,12

Altura total de la pieza: m 2,20

Despeje del suelo: m 0,28

Ancho total: m 2,67

Ancho total en batería: m 6,70

Peso del proyectil: 43 kilogramos

Peso del material en orden de marcha: 8.200

Kg.

Peso de la masa oscilante: 4.400 Kg.

Campo de tiro vertical: de -5° a + 67°

Campo de tiro horizontal: 70° (+ 35°)

Velocidad máxima de desplazamiento en ruta: 70 km/h.

(Viene de la página 535)

Como consecuencia de la cadencia sobre-pasada de fuego a las que eran sometidas las piezas nuestras, iban quedando fuera de servicio una tras otra. Teníamos un radar de vigilancia de nuestra artillería de defensa aérea, que estaba operado por el teniente 1° Pío Rey. Esa actividad, estar horas y horas permanentemente atento a una pantalla de radar, es realmente desgastadora, pero no tenía gente para hacer los relevos. Al margen de ese agotamiento, el peligro del radar era que sus ondas atraían un tipo de misiles ingleses aire-tierra que eran dirigidos por esa misma onda. Pero como necesitábamos imperiosamente de ese radar teníamos que prenderlo. Cuando el fuego se hacía muy intenso y comenzaban a caer misiles en la zona, le ordenábamos al teniente 1° Pío Rey que lo apagara. Sin embargo, él continuaba operándolo hasta último momento y lo cortaba recién en los instantes finales para evitar recibir un impacto directo. Con ese método los misiles quedaban sin conducción, pero cuando ya estaban muy cerca y llegaron a caer algunos a menos de 50 metros del radar.

Por momentos nos parecía que a medida que veíamos más de cerca el desenlace final, había una mayor euforia por tirar, por complimentar. Esta era una deses-

peración común a todos. Cuando amanecía el día 14, ya prácticamente no nos quedaba munición y nos llegaban pedidos de fuego por tráfico radioeléctrico, pero ya casi no estábamos en condiciones de cumplimentarlos; con las piezas casi en su totalidad fuera de servicio y sin munición.

Inmediatamente sobrevino el silencio total en el campo de combate.

Quizá para comprender y valorar a todos los soldados, sin excepción de armas, de todas las fuerzas que allí estuvieron, habría que decir que mientras uno recuerda este tronar de la artillería, está escuchando también el pandemónium de las ametralladoras pesadas, de los morteros livianos, de armas de todo tipo y en todas las horas del día y de la noche.

Y a todo esto debemos agregar el intenso y sostenido fuego a que fue sometida la posición desde el 1° de mayo. Con relación a eso recuerdo lo que contestaba el teniente coronel Seineldín cuando hablaba con el general Oscar Jofre y se sabía que habían caído 6, 7, 10 ó 20 bombas sobre el aeropuerto.

—¿Qué novedades tiene? —pregunta Jofre.

—¡Sin novedad! —respondía Seineldín, —agregando

Testimonio

Esos soldados desconocidos...

El teniente Oscar Mario Martínez Conti tenía 26 años cuando fue enviado a las Malvinas como integrante del GA 3 con asiento en Paso de los Libres, Corrientes.

"Viajé el 9 de abril por la noche. Esa misma mañana me comprometí con mi novia que hoy es la madre de mis dos hijas".

Martínez Conti, que tuvo, a su cargo los llamados servicios, debió reemplazar a un capitán enfermo de hepatitis.

Participó de las últimas y dramáticas horas de la resistencia en Puerto Argentino "al pie del cañón", pero continuó atendiendo su función en los servicios.

Su relato bélico pasa por el emocionado recuerdo de las acciones en la batería C, 'junto con el teniente primero Navone, la muerte del observador de avanzada' el teniente Alberto Rolando Ramos "que cayó con la ametralladora en la mano protegiendo el repliegue".

"Su muerte dejó sin ojos a la artillería cuando el ataque inglés a Puerto Argentino estaba en su máxima expresión". Su actuación como observador hasta el mismo momento de la rendición, junto al teniente primero Tessey.

Pero en este testimonio hay aspectos que imprescindiblemente deben figurar en un trabajo analizando la Guerra de las Malvinas en su lado militar.

"La vital función de los servicios. Los que hacen la comida



Tte. Oscar M. Martínez Conti/GA 3

y la distribuyen. Los que se dedican a las reparaciones de todo tipo. Los que cuidan del equipo, de las vestimentas. Los médicos, los enfermeros. Todo lo que se mueve detrás de los que están en el frente de batalla. Los soldados sin rostro, que no aparecen en los diarios, en la radio, en la televisión."

"Así murió el cabo primero Angel Fidel Quispe. Cayó arreglando un cable destruido en un ataque. Era el que comunicaba el comando con el puesto de tiro. Sin ese cable no había artillería. Lo alcanzó la onda expansiva de un proyectil enemigo. No murió con la ametra-

lladora en la mano. Tenía una pinza. Pero ese simbolismo no puede destruir su condición de soldado vital y de héroe. Lo elijo a él como ejemplo de lo que representa ese personal aparentemente "en segundo plano" que se llama servicios, pero que, de últimas, es el que mantiene toda la maquinaria sobre la que se asienta la tropa que lucha."

"Una de mis funciones como oficial de Comando y Servicios era el de mantener la moral. Nadie tiene idea la importancia que en este rubro esencial en una guerra, tuvieron las cartas a un soldado desconocido que enviaba el pueblo argentino desde el continente. El 90 por ciento de la tropa, que venía de Corrientes, Chaco y Formosa, no recibía correspondencia de sus familiares y amigos, a lo mejor, por problemas sociales. Pero ellos la esperaban. Se sentían olvidados por los suyos. Era una tarea triste la mía cuando repartía las cartas. Yo trataba de hacer el trabajo de entrega a los que recibían correspondencia con la mayor discreción para no herir a la mayoría. Cuando se abrió el grifo de esa correspondencia "a un soldado argentino", terminaron los problemas. Era emocionante observar con cuanto cariño esos muchachos respondían las cartas que venían llenándoles un vacío de afecto. Yo mismo aun mantengo correspondencia con dos señoras. Una vive en Florencio Varela y se llama Mónica P. de Esteban. La

otra de La Plata, Arestegui de Mendez. Aquí debo hacer el elogio de la formidable tarea que cumplió la oficina de ENCOTEL en Puerto Argentino. Eran miles y miles de cartas".

"Otra experiencia fundamental fue cuando al retomar en el buque "Canberra" me dí cuenta de que era el oficial más antiguo del GA 3, de manera que debía asumir el mando, porque los otros habían quedado en las Malvinas como prisioneros de guerra. Había 163 soldados, 64 suboficiales y 10 oficiales. Estuvimos casi 10 días antes de regresar a Paso de los Libres, cinco de ellos en un Regimiento de Buenos Aires. Pese a la ansiedad por el regreso, para encontrarse con sus hijos, mujeres, padres, amigos, no se produjo ningún episodio de insubordinación. Y no hay que olvidarse que todos regresábamos con una tremenda carga de frustración. Eramos soldados que veníamos de perder una guerra. Me llenó de orgullo la opinión de los psicólogos que realizaron sus test en Buenos Aires cuando me felicitaron por el estado anímico de la tropa. Y me faltó poco para llorar cuando al bajar del tren en Paso de los Libres formaron en el andén en un último acto de disciplina sabiendo que a sus espaldas estaban sus seres más queridos aguardándolos para abrazarlos, para besarlos. Los soldados del GA 3 fueron un ejemplo en el combate y fuera de él."

Foto de página 540: pieza de 155 milímetros bajo la red de enmascaramiento.
En recuadro, servidores del mismo cañón cargan el cuerpo de la munición cuyo peso supera los 40 kilogramos.



—ya le digo, ¡estos tipos no saben tirar, no aprenden más a tirar!

Posteriormente, y para apreciar todo esto, durante el mes que estuve en el campo de prisioneros tuve oportunidad de conversar con oficiales y suboficiales ingleses, quienes destacaron la fuerte resistencia que habían encontrado. Si hubo ese accionar, esa oposición intensa durante tantos días, eso permite suponer que todas las tropas, en forma integrada y dentro de cada fracción y sin distinción de jerarquía, desde el soldado hasta el jefe, han combatido. Han combatido superando todos los inconvenientes; la rigurosidad del clima, las privaciones propias del bloqueo primero y del cerco

después. Y lo hicieron con eficiencia profesional hasta el último momento, según declaraciones del enemigo. Y que si combatieron hasta último momento en forma por demás eficiente, ocasionándoles pérdidas superiores a las que ellos mismos declaran, ello significa que cada uno de los soldados, cada uno de los suboficiales y cada uno de los jefes que estaban en puestos de combate luchó como correspondía.

“Mis soldados, qué soldados...”

Todos los soldados tuvieron un desempeño admirable, pero no puedo dejar de mencionar a López, a

Testimonio

Héctor D. Tessey. Tenía 28 años y era teniente primero cuando fue enviado a Las Malvinas a ocupar la jefatura de la Batería C del GA 3 en Puerto Argentino. Cumplía funciones de instructor en el Colegio Militar y viajó junto a ocho cadetes ascendidos a subtenientes al estallar la guerra. Casado y padre de cuatro hijos, el último de los cuales nació una vez terminado el conflicto.

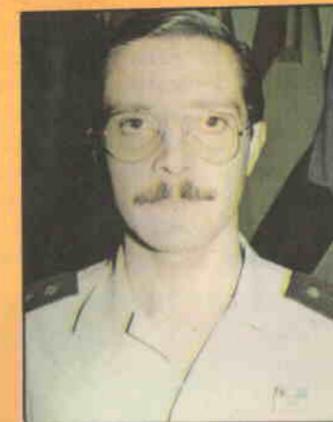
“Asumí el mando el 26 de mayo porque el jefe sufrió un grave accidente al golpearse en la cabeza. Estaba delirando. Era de madrugada. “Traiganme el traje de gala”, decía. Cuando llegué me preguntó: ¿Y vos quién sos? El teniente primero Iparaguire había perdido la memoria y fue evacuado. A consecuencia de ese accidente fue dado de baja. Hace poco tiempo lo encontré caminando por una calle de Córdoba. Estaba bien aunque presentaba algunos efectos colaterales de aquel golpe del destino que me permitió llegar a ser jefe de la batería. Cosas de la guerra.”

La batería C fue la primera en abrir fuego cuando se produjo el ataque inglés a Puerto Argentino.

“La misión nuestra era de avanzar seis kilómetros hacia la línea enemiga, tirar y retornar. Era una operación riesgosa sólo hecha por voluntarios y muy difícil. No teníamos movilidad propia. Había que pedir un camión a Puerto Argentino para cargar las piezas, proyectiles y personal. Hacer el tiro y regresar, antes que llegara la respuesta. Y al rato volver a repetirla. Debo decir que cada vez que pedía voluntarios el número superaba a la gente que necesitaba.”

Cuando llegó la rendición, estuve prisionero durante 30 días hasta que fue enviado al continente.

“Fueron una experiencia positiva los 30 días vividos como prisionero. Yo soy reflexivo pero, sin tener nada que hacer—lejos de la enorme tensión de la guerra— me hice más profundo. Aprendí a juz-



Tte. 1º Héctor D. Tessey/GA 3

gar mejor a la gente. A evaluar mejor las situaciones. Tengo un episodio a bordo del buque inglés Saint Edmund. Logré arreglar un radio a pilas que llevaba encima. Escuché una audición de radio dirigida por Magdalena Ruiz Guiñazú. Comentaba el caos que se había apoderado de la Junta de Gobierno producido el fin de la guerra.

—“Vamos hacia una guerra civil”, me comentó un compañero.

—No lo creo. Los argentinos no estamos para eso —le contesté. Somos inmaduros, exististas, que no sabemos aprovechar lo que tenemos. No te olvides que en plena guerra la Argentina fue a jugar el mundial de fútbol, que la vida en Buenos Aires no tenía nada que ver con la de una capital de un país envuelto en un conflicto bélico. No podíamos pensar de otra manera al volver.”

“Yo cambié desde las Malvinas. En el frente mi apoyo fue la profunda fe religiosa. De últimas siempre me entregaba a la decisión de Dios. Ahora realizó una especie de juego psicológico. Creo que algo se ha desarrollado en mi interior. Profundizo en el análisis de la gente que trato. Me considero un hombre educado, incapaz de no acatar los reglamentos, soy respetuoso de las jerarquías. Pero por sobre ese exte-

Lo que sólo se aprende bien en una guerra

rrior vivo en un estado interno de “insubordinación mental”, que se pone en marcha cuando intuyo que el que está frente a mí no es apto para lo que está haciendo. Considero que se ha olvidado un poco el cuidado psicológico de la gente que estuvo en Malvinas, así como ha sido excelente el trato con los heridos físicos. Todos hemos vuelto cambiados. Algunos para bien. Pero a lo mejor otros para mal.”

“Es impresionante el cambio de comportamiento en el momento de la situación límite de la guerra. Mi jefe, el coronel Martín Balza, era obsesivo antes del inicio de las acciones en Puerto Argentino. Llegaba de inspección por sorpresa. Mil detalles. Esa red está mal puesta, enderecen este poste, y así todo. Honestamente para mis adentros, yo quería que se fuera y que no volviera más. Pero cuando comencé la lucha la imagen que yo tenía de él se transformó. Comprendí que era un fenómeno como militar, conductor y como ser humano. Infundía confianza e inyectaba fe. Aprendí de él la lección de que sólo se puede hacer bien la guerra organizándose hasta en los detalles más minúsculos antes de que comience.”

“La otra cara fue un suboficial. Los soldados lo adoraban. Era el gran animador del grupo, el que hacía los asados, jugaba al truco, hacía los mejores chistes. Cuando lo ví pensé que cuando comenzara la acción sería mi mano derecha, por su poder de conducción sobre la tropa. Fue lo contrario. Al iniciarse el fuego se metió en su pozo y no salió más. Sólo lo hizo para fugarse y desertar en un helicóptero que se posó en nuestra posición. Yo lo comprendo aunque no lo justifico. Era una reacción humana. La transformación de un instinto que es superior a la fuerza de voluntad. Un ser que, simplemente, no era apto para soportar una situación límite.”

—“En acción se trastoca todo, comenzando por la rutina del organismo. Se duerme mal o poco. Y a cualquier hora, cuando lo dejan. En plena misión uno se olvida del mundo. Hasta de comer o de hacer sus necesidades. Los peores momentos son los que se viven entre fuego y fuego. Es el que yo llamo “momento de reflexión”. En segundos se le viene todo encima. El recuerdo de la familia, qué es la guerra, sus consecuencias, los amigos. Hay que evitar esos momentos de depresión y tratar de mantenerse siempre ocupados. En uno de esos momentos recordé que hacía tres días que no iba al baño. Y fui a 100 metros de la posición detrás de un montículo. Estaba en eso cuando un sargento me avisó que venía una alerta roja de bombardeo. Lo único que atiné a decirle fue gracias. Y seguí. La reflexión estaba haciendo su efecto. En otro de esos momentos luego de una jornada tremenda de acción pensé que no había comido durante 24 horas. Fui a buscar mi comida. Eran cubitos por el frío. La comí igual porque simplemente me había acordado que existía en uno de esos momentos de reflexión.”

—“Tuve la sensación del fin adverso de la guerra no cuando me enteré del desembarco inglés en San Carlos, sino cuando una radio uruguaya difundió uno de los comunicados oficiales. Decía que nuestra artillería y nuestros tanques estaban allí para terminar con la cabeza de playa de los británicos. Comprendí que se trataba de una lógica acción psicológica para confundir al enemigo. Yo sabía que no había tanques ni artillería en San Carlos para hacer retroceder a los ingleses. En ese momento estaba escribiendo una carta a mi suegro que es coronel retirado. Le puse unas líneas. “Hoy tengo la sensación de que hemos comenzado a perder la guerra...””



Wuldrich, a Ghittoni, López. Víctor Hugo López, era dragoneante y conductor de un vehículo. Permanentemente se ofrecía como voluntario para ir durante la noche al aeropuerto —durante la noche éste era duramente bombardeado— a buscar la munición que nos llegaba, y la traía hasta el lugar donde estaban emplazadas las baterías. López fue después quien vació el cargador de su FAL contra un avión que entraba en vuelo rasante contra nosotros. Pertenecía al grupo de artillería 101, de la ciudad de Junín.

Raúl Wuldrich, de la misma unidad que el anterior, tuvo un desempeño realmente ejemplar. En una oportunidad se quemaba un depósito de munición tras un ataque de los ingleses y sin que nadie se lo ordenara sale de su abrigo, en pleno fuego y empieza a rescatar los cajones de municiones. Gracias a él quedó el depósito prácticamente intacto.

Ghittoni era auxiliar de un oficial mío, el teniente Gutiérrez, que era observador en uno de los lugares quizá más bombardeados durante toda la batalla; la altura de Sapper Hill. El 1° de mayo el teniente Gutiérrez resultó herido al tratar de auxiliar a un compañero que había sufrido heridas de consideración y tuvo que ser evacuado, contra su voluntad, del lugar del combate. Ordené también que evacuaran al soldado que pidió hablar conmigo.

Me pidió por favor que no lo relevara, que quería permanecer en ese puesto. Allí permaneció hasta el final, en el lugar más castigado por el enemigo.

En el contraataque que realizó el capitán Soloaga en

Las eficaces piezas de 155 milímetros empleadas por los argentinos fueron muy respetadas por el adversario británico.



la noche del 13 al 14 con una fracción del regimiento de caballería blindada 10, lo que tratábamos de lograr era neutralizar a una batería inglesa que nos tenía a maltraer con un intenso fuego. Estábamos todos agotados y llevábamos días sin dormir.

De pronto escucho que el comandante de la agrupación le pregunta por radio al capitán Soloaga qué pasaba con esa batería.

—Dígame, ¿estamos neutralizándola, o no?, preguntó el general Jofre.

—Vea —dice entonces Soloaga—, yo no sé bien. Pero lo que sí sé bien es que cuando Martín abre fuego sobre esa zona los ingleses no escupen más.

El agotamiento nervioso de todos era sumamente intenso. Sin embargo, se superaban todos los problemas, problemas que el estrecho contacto y las exigencias propias del combate podían originar. Todos los Jefes estábamos en el lugar que nos correspondía. De noche y a cualquier hora, cada vez que tuve que hablar con un comando, siempre he encontrado al jefe. Dormíamos cuando podíamos, pero normalmente lo hacía en algún momento del día. Durante la noche era más difícil, especialmente para nosotros, que desde mediados de mayo teníamos el problema del tiro a los buques. Esto regía desde el jefe al soldado. Y si quiere le cuento algo que pasó en la última noche. Uno de los jefes que yo tenía, un capitán, insistía en que durmiera un rato.

—Balza —me decía— coma algo y trate de dormir aunque sea un ratito.

Yo salí, sin embargo, a hacer una corta recorrida, y al regresar un soldado, el soldado Mango, de Paso de los Libres, que estaba con el sargento 1° Rubio, se acerca y me dice, con toda seriedad: —Vea mi teniente coronel, acá todos quieren que usted se vaya a dormir. Recién dijeron “mándenlo a dormir al flaco así nos deja de joder un rato”.

Es indudable que en situaciones críticas como éstas a uno nunca le parece que está cumpliendo con su misión lo suficientemente bien.

Nos íbamos acercando ya al momento final. En realidad no hubo un momento exacto de la rendición. Ya cuadros y tropas estábamos anímicamente preparados, desde que llegamos para combatir, todo fue en crescendo, pero en ningún momento disminuyó la moral del combatiente ni tampoco la presencia de ánimo.

La hora final

Pero ya producido el hecho final, es decir el momento en que agotamos la munición, toda la munición, alrededor de las 10 de la mañana del 14, salí de mi puesto de comando. Había ordenado por radio que dejaran todo como estaba, que el personal se retirara hacia el sur de Puerto Argentino donde había unas precarias construcciones de chapa, y que dispusieran todo lo necesario para descansar y lograr abrigo. Era el final.

En la marcha con mis hombres hacia el aeropuerto, recuerdo que uno de mis capitanes les decía a los

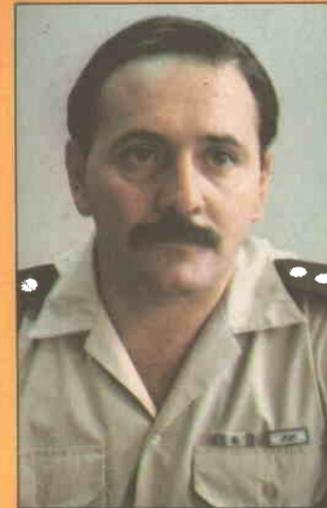
Testimonio

El teniente 1° Julio César Navone fue el jefe de la batería B del GA 3 cuando tenía 31 años, y en las Malvinas se jugaba una mano brava. Es casado y padre de tres hijos.

Su testimonio habla de los días finales del asedio a Puerto Argentino cuando debió ir a relevar al jefe de la Batería C sometida a un implacable desgaste por los movimientos constantes de cambio de posición para batir con su tiro al adversario inglés.

“Todo Puerto Argentino y sus alrededores se estremecían con los cañonazos. Recuerdo al soldado fornoense Celestino Arrúa, con el torso desnudo —pese al intenso frío— con sus hombros y manos quemados por la pólvora. Arrúa era casi analfabeto y lo poco que sabía lo había aprendido en la escuela primaria del cuartel de Paso de los Libres. Lo que le sobraba en cambio era valor y riqueza espiritual.”

“Hubo un ataque aéreo de Harrier. Nuestra batería les estaba haciendo daño. Todo el esfuerzo en adelantar piezas era para equilibrar la diferencia de alcance. Ellos llegaban a 17 kilómetros, nosotros sólo a 10,2.”



Tte. 1° Julio C. Navone/GA 3

“La noche del 11 de junio fue dramática. Perdimos al observador adelantado teniente Alberto Ramos, que cayó en la línea del frente ocupando su lugar junto a la infantería mientras cubría a los compañeros en un repliegue. Dos jóvenes oficiales, los subtenientes Barreiro y Herrero recién egresados del Co-

“Cuando volví, era un hombre distinto”

legio Militar, recuperaron un obús que habíamos dejado en la posición de avanzada en una misión con riesgo de vida. Los ingleses iniciaron su ataque final. El espectáculo era dantesco con el fuego cruzado que aparecía en los montes Harriet, Dos Hermanas y Longdon. La batalla por Puerto Argentino estaba en su apogeo. En medio del fragor debimos hacer un cambio de posición porque nuestra batería había quedado al alcance de la artillería inglesa y hasta del fuego de sus morteros. La munición estaba a punto de consumirse. La operación se hizo. El sargento ayudante Andrada y los sargentos Zambrano y González Fernández fueron verdaderos pilares en la acción. Todos los obuses fueron transportados en medio de dificultades enormes. Uno de ellos quedó encajado en el barro. Hubo que desarmarlo para recuperarlo. Con el barro hasta la rodilla, la persistente nevisca y el fuego enemigo se hizo la tarea en una hora. Cuando vi a toda la batería lista me desinflé. Comencé a prepararme para el día siguiente. Se acercaba el fin.”

Navone estuvo en calidad de prisionero a bordo del buque inglés Saint Edmund.

“Me hicieron mucho bien esos 30 días. Evitaron que volviera con toda la bronca y la frustración. Me ayudaron a meditar. Hasta entonces no había tenido tiempo de pensar. Profundicé más en todo lo que representaba mi familia, los amigos, los camaradas, el futuro de mi carrera. Comencé a valorar muchas cosas a las que antes no les daba importancia. Me tranquilicé. Cuando retorné era un tipo diferente. Cuento una anécdota. Llegué de vuelta a mi casa en el barrio militar de Paso de los Libres. Abrí la puerta y me encontré con que la habían desvalijado. Antes de Las Malvinas hubiera explotado. No. Al contrario. Llamé por teléfono a mi mujer, le informé la novedad, le dije que no se hiciera mala sangre. Y con la cabeza fría me convertí en Sherlock Holmes. Seguí unas huellas que el ladrón había dejado en el piso. Estudié las herramientas que había utilizado para forzar el ingreso. Llegué a una conclusión. El ladrón era probablemente un electricista. Y era. Me informé que hacía poco un electricista había salido de baja. Lo fui a buscar a su casa en Formosa. Y volví con todo lo que me había hurtado.”

soldados: "¡Soldados! Vamos a marchar con la cabeza y la frente bien alta. Hoy perdimos una batalla pero hemos combatido a la altura del Ejército Argentino y no debemos estar avergonzados de nada.

Todos tenemos pesadumbre por la derrota, es una situación muy especial, pero tenemos que recordar que hemos combatido hasta agotar nuestro último proyectil."

Llegamos al aeropuerto y casi inmediatamente se recibió la orden de volver a Puerto Argentino para embarcar. Se hizo por fracciones, en forma perfectamente ordenada. Hablé con un oficial inglés y le dije que quería presenciar el embarque de mi tropa. Yo, todos mis jefes y mis oficiales más antiguos quedamos como prisioneros de guerra hasta el 14 de julio.

Esa noche les pedía a mis soldados que no quería dejar de verlos, que alguna vez me hicieran llegar noticias tuyas. A algunos los he vuelto a ver, a pesar de que es difícil con quienes se reintegran a la vida civil. A todos aquellos a los que no he visto les querría expresar que le estoy eternamente reconocido por su eficiencia, por su presencia de ánimo, por su valor y por las condiciones humanas que como soldados y como ciudadanos pusieron de manifiesto. Y, en extrema síntesis, decirles a ellos, así como también a mis oficiales y suboficiales, que estoy orgulloso de haberlos comandado, y del comportamiento que llevaron en todo momento. Eso jamás lo podré olvidar.

Cuando mis soldados ya estaban listos para la marcha última a Puerto Argentino, quise recorrer solo cada una de las posiciones de fuego. El estado de la munición y las piezas eran un símbolo mudo y elocuente de lo que había sido la intensidad del combate. Recuerdo que en algunas de las posiciones lloré. Tenía la satisfacción de haber cumplido con mi deber hasta el final.

En la batería A me encontré con el oficial de la

misma, un teniente, que se negaba a abandonar su posición.

—Me quedan tres proyectiles, mi teniente coronel. No quiero irme sin tirárselos. Le dije que los íbamos a tirar juntos y que no tuviera miedo de llorar, porque no llorábamos una derrota. Estábamos llorando el habernos quedado sin munición. Estábamos llorando la impotencia de no tener más con qué tirarles.

Esos tres disparos quedaron a nuestras espaldas y nuevamente el silencio. Alcanzamos a nuestros hombres y seguimos con ellos hasta Puerto Argentino.

El T. Cnel. Balza desciende del barco inglés que trajo a los oficiales argentinos prisioneros.

Abajo: prisioneros en San Carlos, se ven entre otros al T. Cnel. Arias los capitanes de fragata Pérez y Robacio, el T. Cnel. Seinedín y el T. Cnel. Balza.

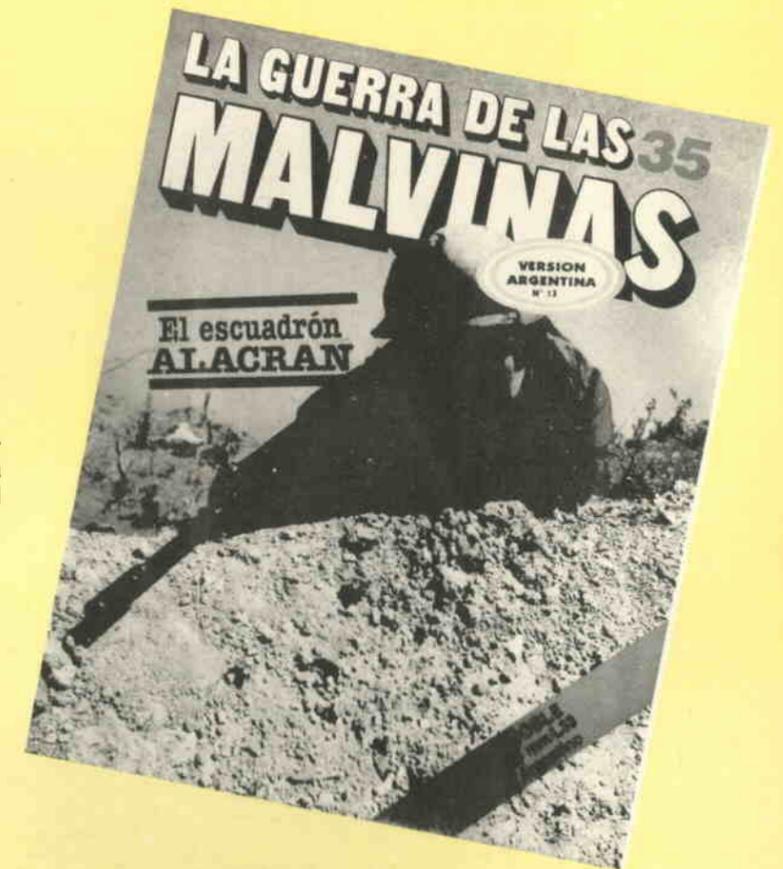


LA PROXIMA SEMANA...

Contenido del Fascículo 35

YA ESTAN EN VENTA LAS TAPAS DE ESTE VOLUMEN

IMPORTANTE: Con el último fascículo de la serie: el 44 (Número 22 de la versión argentina) se obsequiará el índice general de la obra.



- Esos 40 gendarmes del Alacrán
- La muerte de un héroe
- LAMINA DOBLE: CH 47 Chinook
- El contraataque de Gómez Centurión
- Cómo murió el T. Cnel. "H" Jones